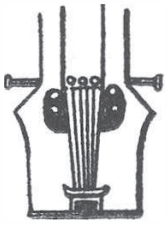
INCIDENTE EN LOS JERÓNIMOS

QUE ahora va de verdad, que va mi vida
en ello! Si otros días
oísteis mi chillo en torno de este templo,
olvidadlo. ¡Que ahora
no veréis a este grajo
picar el huevo ni saquear el nido.
¡Ya nunca merendero,
nunca buscando el hato
las albardas del hombre
porque nada hubo allí sino ruin salsa!
¡Oídme, el aire, el soto,
malva, cardillo, salvia, mijo, orégano,
tú, mi pareja en celo,
todos oídme: aquello no fué nunca
mi vida! Mala huelga.
Y hoy, ¿qué cera inmortal bruñe mi pico?
Mi áreo corazón, ¿dónde aldabea
con su sangre, en qué alto
portalón de los cielos para que abra
el menestral del buen amor su casa
y me diga que allí, allí está lo mío?
Ahí, dentro del templo,
con el sol del membrillo, el de septiembre.
¡Ya no lo pienso más! Adiós. Ya pronto...
Entro por el ventano,
y qué bien va mi vuelo por la bóveda
de la niñez, airoso
como sobre la plaza a media tarde.
¡Que esto dure! ¡Prometo
pasar tan limpio como golondrina
cuando bebe! ¡Prometo
no tocar nada, pero que esto dure!

Así mejor. ¡Dejadme
donde ahora estoy, en el crucero hermoso
de juventud! ¡Y veo
la crestería en luz de la esperanza
arriba, arriba siempre!
Paso el arco fajón, faja de fiesta,
y el floral capitel. ¡Que siga, siga
el baile! ¡Más, doncellas, primavera,
alma del hombre, alegre modistilla!
Pero ¿qué pasa aquí? ¿Ya el sol se ha puesto
y entra el alón tendido de la sombra?
¡Aguilas, dadme, águilas,
el retráctil poder de vuestra garra
para afincarme bien en la moldura,
en ese rostro del amor que sube
por el cimborrio al cielo! Algo me queda,
algo de vino fiel y verbeneo.
Pero ¿aquí qué ha pasado? ¿Dónde anda
mi vida, dónde anda
mi pueblo? ¡Monaguillo,
tú, el hostiero mayor, que ya me empiezan
a flaquear el ala y la pechuga!
¿Y esa talla, ese estuco, ese retablo
de la vejez? ¡Que empieza
ya el sofoco, que el buche
lo llevo mal cumplido como en tiempo
de muda, que ya apenas
si me bulle el plumón! ¿Quién me ha metido
en el cañón de cada pluma la áspera
medula gris del desaliento? Eh, niños,
feligreses, vosotros,
los que venís a esta parroquia, guiadme.
Estoy cerca, ¿verdad?, que ya no puedo.
¡Qué marejada, qué borrasca inmensa
bate mi quilla, quiebra mi plumaje
timonero! ¡Este grajo,
este navío hace agua! Volver quiero,
volver quiero a volar con mi pareja.
Ah, festiva asamblea de las tardes,
ah, compañeros, ¿dónde,
dónde estáis que no os oigo?

No importa. Llegaré. Desde la cúpula
veré mejor. Y ahora,
vereda va y vereda viene, ¿en qué aire,
por qué camino voy? ¡Que ya no puedo
ni ver siquiera! ¡Que zozobro y choco
contra la piedra, contra
los fieles de este templo, de esta patria!
¡Niños, venid, atadme,
prefiero que me atéis los pies con vuestro
cordel azul de la pureza! Quieto.
Quisiera estar en paz por un momento.
Llegaré. Llegaré. ¡Ahí está mi vida,
ahí está el altar, ahí brilla mi pueblo!
Un poco más. Ya casi...
Tú, buen aliento, sigue
un poco más, alicas,
corazón, sólo un poco.
Así, así... Ya, ya... ¡Qué mala suerte!
¡Ya por tan poco! Un grajo, un hombre a tierra.



CLAUDIO RODRÍGUEZ